

Arman un laberinto de estrechos pasajes y múltiples accesos y escapatorias, eréctiles y delgados tubos de acero que se elevan al techo del Bellas Artes, sin alcanzarlo. Los reflectantes metales son movidos indiscriminada y aleatoriamente por el transeúnte, provocándose una incertidumbre de brillos y opacidades inmensurables e impredecibles que destruyen (extendiendo y contrayendo) la, a ratos, evidente imagen de una estrella polidireccional que bosquejan las bases de cada columna sujeta y fija al piso. Mas otro astro, proveniente de infinitos haces de luces que, al chocar contra el macizo muro del salón, lo atraviesan produciendo una calidoscópica rosa de los vientos impetuosa y coronante de toda la muestra y cada una de sus escenas, proponiendo una y muchas estroscópicas historias. Cada resplandor, presente y finito, rebota en las columnas, el transeúnte, el piso, etc., apareciendo y desapareciendo, al instante, espectros caducos sin iterar; siempre nuevos llegan y van. Hay los que logran imprimir las paredes, luego de atravesar los anchos pasillos que circundan el laberinto y limitan en los muros. De estos fenómenos, unos encienden o apagan letras y palabras que componen las enunciaciones escritas en las paredes; sugerencias dispersas a la altura de la vista que enteran la obra, de la que lo único invariable y quieto, pues todo lo demás es movimiento, es el afiche que prosa el prólogo signado por la Eltit al "libre albedrío" de un florecer pleno de Alicia Larraín.

Ocurre que en ella título y obra son idénticos, una misma mirada ética y estética, una evocatoria principal que reconoce y respeta la caducidad humana a la luz del amparo, del no estamos ni somos soledades dispersas, sino una continuidad de acciones dirigidas desde y hacia una voluntad enamorante; la propia y la ajena juntas. Este "libre albedrío" sintoniza con la actualidad que nos toca; un planeta y un país de millares de desamparados por la codicia de unos pocos, donde Alicia nos oportuna recursándonos, apelando a cada peculiaridad de cada cual, para que nos convoquemos en la eternidad del movimiento, reuniéndonos -Acaso una comunidad que, dándonos significado a cada uno, se define desde y con cada uno de nosotros. La propuesta es inclusiva de la propuesta del que quiera estar en ella. Sensación de que nadie está demás, de que cualquiera sea quien se introduzca en el laberinto es único, aunque sus opciones no sean únicas, sino infinitas. Así, el concierto es una composición personal y colectiva a la vez; el transeúnte trasciende comunitariamente; cada hombre o mujer se entera libre por su facultad de cometer acciones en la justa medida de que cada sociedad se entera libre también; la calma, seguridad y tranquilidad mínima que todos necesitamos en el constante y cambiante fluir de la vida, se fija a y sujeta de una sola función: el libre albedrío.

Gracias

Alejandro Salas